

Alter

Juventud alterada



ADA tan desconcertante como lanzar cualquier cosa en broma, con ánimo ligero, sin darle importancia, y recibir una respuesta grave, de tono ofendido o admonitorio. Queda uno con ganas de no seguir. O de buscar auditorios menos rígidos.

Era lo que pensaba después de mi último artículo.

Recogí las murmuraciones solitarias de un viejo malhumorado y mordaz en uno de sus momentos agrios. Todos los tienen y más que nadie los dedicados a la crítica. Se comprende. Eran confidencias escapadas a media voz y exhaladas sin énfasis, con el típico sello del momentáneo desahogo, de la efusión indiscreta.

Se hablaba allí sobre la juventud y su soberbia torre de Babel, elevada y derribada a cada generación; se aludía a la confusión de lenguas y a la dificultad de entenderse los jóvenes con los no jóvenes. Un tema bastante antiguo; probablemente empezó en los hijos de Adán, que deben de haber sido espíritus avanza-

dos y considerarían retrógados a los Primeros Padres, máxime si éstos vivieron tanto como se dice.

Pues bien, esas palabras, a lo sumo, frívolas, hallaron ecos solemnes, voces de condenación.

En provincia suele ocurrir ese fenómeno. Resulta delicado hacerles bromas a gentes de otras tierras, de otra clase y otra edad. Las hay, siempre a la defensiva, que no perciben sino los colores fuertes; en el acto, reaccionan a lo belicoso, empuñan una bandera, cogen las armas y embisten. Jáctanse como de una virtud varonil de que ellos «no entienden de bromas», que de ellos «no se ríe nadie». Suelen agregar aún— y esto ya indica un malestar más hondo— que la hora del mundo no está para ironías, que los trascendentales problemas del hombre moderno, o el destino de la civilización occidental y las masas oprimidas no toleran . . .

Más buen humor, jóvenes, más ligereza. De otra manera la vida se les hará muy desagradable. La ironía es la sal de la tierra: impide que las mejores cosas, entre ellas el espíritu, se corrompan. No conviene estar siempre cejijuntos, meditando; al fin la frente cría un surco y así es como se envejece. Por ser jóvenes, precisamente, no deben ser tan serios.

Aquel «monólogo interior», que no era exactamente el pensamiento de Alter sino un pensamiento recogido por Alter, diferencia perceptible a condición de no alterarse, comentaba la perpetua danza de disparates, el desfilar de locuras y delirios que el arte mo-

derno ofrece como espectáculo a quienes lo contemplan desde la orilla. Es así. Qué vamos a hacerle. A los viejos les parece que los jóvenes han bebido un vino demasiado fuerte. Ved: uno salta, el otro da traspiés, aquél se ha convertido en dios, el de más allá suelta un torrente de maravillosas incoherencias. ¿Cómo creer que van a mandar? La sola manera de entenderlos consiste, justamente, en usar la ironía y acogerse al buen humor.

Pero desde que murió Jenaro Prieto, no hay humoristas en Chile, nadie sabe reír: todos lloran.

En especial, los poetas.

No ha mucho dieron el Premio Máximo a uno, probablemente, no el mejor, seguramente, el más triste, el que mejor se lamentaba, el que tenía una desesperación más antigua y constante. Abrid un libro, cualquier libro de ese poeta y os doy un premio si acaso caéis sobre alguna página donde no figuren las palabras muerte, cenizas, lloro, sollozo, sufrimiento, lágrimas, alarido, herida, tristeza, ausencia, grito, desamparo, amargado, doloroso, tormento, soledad, espanto, llaga, cilicio, voces que entresacamos al azar, volteando unas cuantas hojas. El Bautista de este Crucificado con su corona de espinas y su vía dolorosa, que escribió en su tiempo, para enseñanza de futuras generaciones, «Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada», no ha cesado de lanzar sobre las letras nacionales y extranjeras una especie de gemido largo, un interminable tubo de lamento, monótono, monocorde,

impresionante. Anunciando al que le precedió, clama textualmente:

«Ni el que impreca con salud de forajido ni el que llora con gran sometimiento quedan fuera de la casa de las musas poesías. Pero aquel que ríe, ése está fuera».

¿Se ve el ademán bíblico, el brazo que alza el manto, la mano extendida, el dedo apuntado?

¡Fuera los que ríen!

Ahora bien, jóvenes alterados, escrito está que el mundo es un estado de ánimo. Las cosas exteriores no tienen ninguna existencia, no importa nada que existan o no existan; su valor depende exclusivamente de nosotros; de nuestros ojos sale el color que las tiñe, de nuestros oídos el son que dan, de nuestras narices el aroma y de nuestro paladar y de las yemas de nuestros dedos, el sabor, la superficie suave, la amargura, el deleite, la dicha, el pesar. Ven que pasa por ahí una mujer y quieren seguirla. Bien. Pero sepan que no está allá, donde parece, sino acá, dentro de ustedes, en cada pecho, en cada alma: es ahí donde habrán de darle caza. Por eso hay tantas mujeres y son tan distintas. Sépanlo: «On ne couche jamais qu'avec soi-même». Estas cosas no las comprenden los majaderos de vida exterior que creen existir porque los miran; pero supongo que ustedes, aunque alterados, no pertenecerán a su raza. Preciso es llegar al fondo de la vida y saber que allá, por mucho que miremos, sólo vamos a descubrir, en última instancia, lo que un

pozo: el agua, un espejo, nuestra faz. ¿Prisión y cárcel? No: libertad absoluta, puesto que hacemos cuanto queremos, como queremos, cuando queremos. A una condición: poseernos a nosotros mismos, ser nuestros dueños y aprender a reír.

Mal estamos, es cierto. Hay amenazas. Pero este mundo ha cruzado períodos peores, sin la compensación mágica que hoy hallan las catástrofes, sin los milagros. Encontré no ha mucho a un poeta sumergido en un gran libro; cuando entré, lo cerró. Me dijo: «¡Qué época tan dulce vivimos! ¡Qué suavidad de costumbres, qué seguridad de las personas, que paz! No hay pestes, no hay hambres, no hay cataclismos que arrasan a pueblos enteros. La humanidad contemporánea es muy dichosa». El libro que había cerrado era una Historia Universal; e iba, creo, allá por la Edad Media, la famosa «enorme y delicada», y también dura, feroz, sucia, contagiosa, mortal.

Pero, óiganlo: menos triste que la nuestra.

Porque tenía una inmensa ilusión, porque de sus ojos, sus oídos y del fondo de su ser salía un cántico, porque tenían en plenitud «ese poema en el cual se cree», y sabían que se irían al cielo. Como lo sabían, ya estaban allá. La Edad cubierta de llagas reía sonoramente. «Gaudeamus igitur...» Fiestas inmensas como las del Día de los Estudiantes, reminiscencia medieval que hemos perdido y recuperado, para de nuevo perderla, agitaban a las masas de mozos y mo-

zas que iban en procesiones grotescas por las calles, elegían un rey de la locura y tenían permiso eclesiástico para penetrar en las iglesias y cometer desatinos y bufonadas, muy irrespetuosas, con los monjes, las monjas, los santos, las santas, sin omitir el altar. Así era la Edad Media, la terrible Edad de las Cruzadas, la peste negra y el vasallaje.

En cambio ustedes, con auto, radio, avión y penicilina: ¿qué? «Job», «Una Canción Desesperada». (1)

¿Por qué eligen esos maestros? ¿Para qué les dan importancia? Los indios están sentados, mustios, con cara de piedra, si no ebrios, danzando la danza de las orgías sanguinarias. No los imiten. Aprendan a contemplar el espectáculo del planeta desde el punto de vista de Sirius, el más lejano de los astros que pueblan el universo y sentirán que el pecho se les alivia de un gran peso. Y de una gran pesadumbre. Las cosas que suceden ya han sucedido y volverán a suceder. Sonríanse. Nada podemos contra ellas allá, donde parecen estar; pero lo podemos todo acá, donde en verdad arraigan y donde, para nosotros, existen, porque las sufrimos y las gozamos.

(1) La poesía de Huidobro, que puede abarcarse y ser mejor juzgada en conjunto ahora, no sufre de ese abatimiento angustioso y aplastante, no es nunca desesperada y gimiente como la de Neruda. En ella hay otro aire y sus acrobacias verbales, a veces infantiles, suelen llevar una intención claramente humorística que la agilidad de la imagen acentúa. Sin influir aquí la situación social y el problema económico.

Ea, jóvenes, un pequeño esfuerzo. Como ante el fotógrafo, vamos, una sonrisa.

No importa, si se ríen, que también se rían de
Alter.

San Luis de Peñalolén, noviembre 1.º de 1948.